

N. 499 (468) - HOMILIA DE JARTUM

Escritos: 3156 a 3164

Jartum, 11 de mayo de 1873

Soy muy dichoso de encontrarme finalmente de vuelta entre vosotros después de tantas vicisitudes penosas y de tantos anhelantes suspiros. El primer amor de mi juventud fue para la infeliz Nigricia, y, dejando todo lo que me era más querido en el mundo, vine, ahora hace dieciséis años, a estas tierras para ofrecer mi trabajo como alivio de sus seculares desdichas. Después, la obediencia me hacía volver a Europa, dada mi endeble salud, que los miasmas del Nilo Blanco en Santa Cruz y en Gondókoró habían incapacitado para la acción apostólica. Partí por obedecer; pero entre vosotros dejé mi corazón, y, habiéndome recobrado como Dios quiso, mis pensamientos y mis actos fueron siempre para vosotros.

Y hoy, finalmente, recupero mi corazón volviendo junto a vosotros para abrirlo en vuestra presencia al sublime y religioso sentimiento de la paternidad espiritual, de la que Dios quiso que fuese investido, ahora hace un año, por el supremo Jerarca de la Iglesia Católica, nuestro señor el Papa Pío IX. Sí; yo soy ya vuestro Padre, y vosotros sois mis hijos, y como tales por vez primera os abrazo y estrecho contra mi corazón. Os estoy muy reconocido por las entusiastas acogidas que me habéis dispensado: demuestran vuestro amor de hijos y me persuaden de que queréis ser siempre mi alegría y mi corona, como sois mi lote y mi herencia.

Tened la seguridad de que mi alma os corresponde con un amor ilimitado para todos los tiempos y para todas las personas. Yo vuelvo entre vosotros para ya nunca dejar de ser vuestro, y totalmente consagrado para siempre a vuestro mayor bien. El día y la noche, el sol y la lluvia me encontrarán igualmente y siempre dispuesto a atender vuestras necesidades espirituales; el rico y el pobre, el sano y el enfermo, el joven y el viejo, el amo y el siervo tendrán siempre igual acceso a mi corazón. Vuestro bien será el mío, y vuestras penas serán también las mías.

Quiero hacer causa común con cada uno de vosotros, y el día más feliz de mi existencia será aquel en que por vosotros pueda dar la vida. No ignoro la gravedad del peso que me echo encima, ya que como pastor, maestro y médico de vuestras almas tendré que velar por vosotros, instruiros y corregiros; defender a los oprimidos sin dañar a los opresores, reprobando el error sin censurar al que yerra, condenar el escándalo y el pecado sin dejar de compadecer a los pecadores, buscar a los descarriados sin alentar el vicio: en una palabra, ser a la vez padre y juez. Pero me resigno a ello, en la esperanza de que todos vosotros me ayudaréis a llevar este peso con júbilo y con alegría en el nombre de Dios.

Sí; ante todo confío en tu labor, Reverendo Padre, y mi queridísimo Vicario General: en ti, que fuiste el primero que me ayudó en esta obra de Misión para la Regeneración de la Nigricia, y el primero que enarbolaste el estandarte de la santa Cruz en el Kordofán, y enseñaste a aquellos pueblos los primeros rudimentos de la fe y de la civilización. Y también confío en vosotros, estimables Sacerdotes hermanos míos e hijos en este Apostolado, puesto que seréis mis brazos en la acción de dirigir por los caminos del Señor a su pueblo, y a la vez mis ángeles consejeros. Y asimismo confío en vosotras, venerables Hermanas, que con mil sacrificios os asociasteis a mí para colaborar conmigo en la educación de la juventud

femenina. E igualmente confío en todos ustedes, señores, porque siempre querrán confortarme con su obediencia y docilidad a las afectuosas insinuaciones que mi deber y el bien de ustedes me aconsejen hacerles.

En cuanto a usted, ilustre representante de S. M. I. R. A. el Emperador Francisco José I, noble protector de esta vasta Misión, mientras me complazco en agradecerle cuanto ha hecho hasta ahora por ella, me apresuro a expresarle la esperanza de que querrá seguir rindiendo gloriosamente el homenaje de la espada a la cruz, al defender los derechos de nuestra Religión divina, en caso de que fueran ignorados y conculcados.

Y ahora es a vos a quien me dirijo, oh piadosa Reina de la Nigricia, y aclamándoos nuevamente como Madre amorosa de este Vicariato Apostólico de Africa Central a mis desvelos encomendado, me atrevo a suplicaros que nos recibáis solemnemente bajo vuestra protección a mí y a todos mis hijos, para que nos guardéis del mal y nos dirijáis al bien.

Oh María, Madre de Dios, el gran pueblo de los negros duerme aún en su mayor parte en las tinieblas y sombras de muerte: apresurad la hora de su salvación, allanad los obstáculos, dispersad a los enemigos, preparad los corazones y envidad siempre nuevos apóstoles a estas remotas regiones tan infelices y necesitadas.

Hijos míos, yo os confío en este día solemne a la piedad de los Corazones de Jesús y María, y en el acto de ofrecer por vosotros el más aceptable de los sacrificios al Altísimo Dios, ruego humildemente que sea derramada sobre vuestras almas la sangre de la redención, para regenerarlas, para sanarlas, para embellecerlas en la medida de vuestros anhelos, a fin de que esta santa Misión os sea fecunda en salvación a vosotros, y en gloria a Dios. Que así sea.

Original árabe, traducido por el P. Carcereri al italiano, idioma del que procede la presente traducción.